

Y si viene la guerra

Ilustraciones de
Nashely Lascano



*A mis abuelos Ciro y Teresa
por el amor y por el mar.
A mi hija Pamela.*

Y si viene la guerra

ISBN: 978-958-56566-4-2

1ª edición, septiembre de 2018 © de la presente edición LuaBooks S.A.S.
www.luabooks.com
Bogotá D.C., Colombia

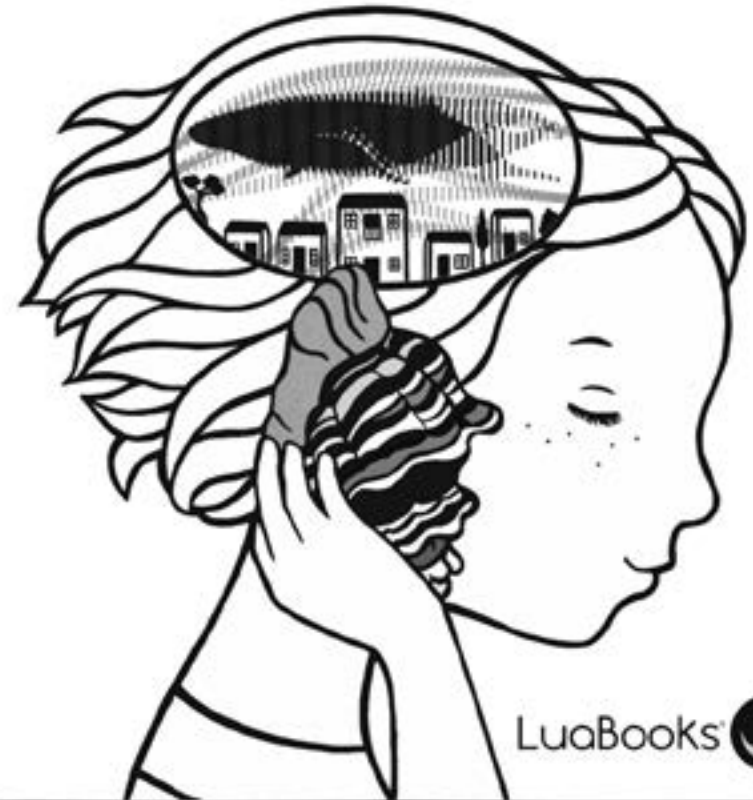
Liset Lantigua
Ilustraciones de Nashely Lascano

Director Editorial: Lizardo Carvajal
Corrección de estilo: Oscar García Oyola
Animación y diagramación: Lizardo Carvajal

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción
total o parcial sin permiso del Editor.
Impreso por Nomos Impresores
Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Y si viene la guerra

Ilustraciones de
Nashely Lascano



LuaBooks 

Promesas

—Hay rumores de que viene la guerra. Dicen que el pueblo y el país entero estarán en guerra. Los hombres tendrán que combatir, y las mujeres, los niños y los ancianos, refugiarse. Esta vez parece que es en serio.

Mami está frente al espejo de la cómoda, con un vestido de flores verdes y blancas que yo adoro por esas flores...

—¿Qué cosa es refugiarse? —pregunto.

—Luego... más tarde te lo explico. Debo regresar al trabajo, tenemos una reunión para lo de los refugios. Recuerda todo lo que prometiste ayer, Laura —me dice, con el mismo tono de presentadora de noticias de la mañana—: no molestes a abuela.

Todos los días me advierte lo mismo: “No molestes a abuela”, como si yo tuviera intenciones de molestarla. Abuela se molesta sin que yo quiera. Cualquier cosa, lo más insignificante la puede alterar. Que llegue la noche, que el perro ladre, que vaya a llover, que no llueva, que entre el polvo, que la hierba crezca... Cientos de cosas simples, cientos. Luego nos hace sentir mal, cuando explica: *Son los años*. Así: *los años...* como arrepentida.

Abuela Tinita siempre ha vivido en casa. Es la madre de mami. Su esposo Ramón murió mucho antes de que nosotras nacióramos. Abuela no lo olvida, sobre

todo porque abuelo construyó la pileta del patio y una maceta que tiene un croto muy viejo, *el croto de toda la vida*, como ella dice. También lo recuerda por el tren que llegaba a las 12:00. En una época abuelo Ramón trabajaba lejos y viajaba en tren. Abuela dice que el silbato del tren sonaba como una música cuando abuelo venía. El tren sigue llegando a la misma hora y sigue sonando igual. Así son los trenes.

A mi abuela le gusta caminar por el pueblo y pararse a mirar las casas que abuelo Ramón construyó. Las casas más grandes del pueblo, de estilo antiguo, con vitrales altos y pisos brillantes. Él construía esas casas, sin embargo, abuela siempre se queja de la casa que construyó para ella. Una casa grande de madera que ‘enseguida’, como a los treinta años, empezó a derrumbarse. Despacio. Primero el columpio, después el portal, y antes de que acabara de caer, hubo que hacer otra. Abuelo Ramón murió. No pudo conocer la nueva casa de cemento, sin columpio, con la pileta del patio que él construyó para la otra. Una pileta que nada tiene que ver con la de ahora, pero que abuela limpia de hojas y ranas todos los días para que luzca como nueva.

Ayer prometí tres cosas que no tienen que ver con mi abuela, pero que la harían muy feliz:

Uno: no volveré a utilizar la puerta del ropero como pizarra.

Dos: no volveré a coger mi ropa para rellenar las muñecas de trapo.

Tres: no volveré a tocar las cosas de mi hermana (porque siempre que lo hago pasa algo: se rompen, se pierden, se manchan, se mueren).

Las cosas de mi hermana son así, un poco blancas y rubias como ella. Abuela Tinita pone todo lo de mi hermana en alto, sobre ese ropero que es lo más alto en casa. Sus zapatos de salir están allá arriba, y los libros, los pinceles y la pecera con el pez Velo de Novia (así se llama), idéntico a ella también, frágil y transparente. *Es un pez muy duro*, dice abuela. Papi le puso un espejo en el fondo de la pecera, dijo que así no se sentiría solo. En realidad está solo, pero vive engañado.

Cuando venga la guerra, yo no sé dónde guardarán las cosas que están sobre el ropero ese, las cosas de mi hermana, ni sé quién se preocupará de que yo las toque. En la guerra todo puede temblar y derrumbarse, ¿qué importancia podrían tener las cosas de mi hermana?

En fin, las promesas. En mi casa todo el mundo promete cosas, menos papi.

Mi hermana promete que mañana se va a comer toda la comida. Claro que no cumple (el gato y ella ingieren la misma cantidad de alimentos).

Abuela casi siempre está enojada cuando hace una promesa. Empieza diciendo: *Yo te juro a ti... y sigue... que como te mojes los pies, se lo digo a tu madre. O yo te juro que ese perro no entra más a esta casa. O que ese televisor no se prende hasta que se bañen...*

Mami es otra que dice “te lo prometo”, por todo, y se va corriendo al trabajo. Es una manera cariñosa de salir de nosotras: “Sí, sí, sí, te lo prometo”. Después no se acuerda. Ahora mismo le acaba de lanzar un beso al espejo. Un beso para mí, antes de irse, y está saliendo. Su falda se enreda en el brazo de la mecedora de la sala, como todos los días, y ella repite, como todos los días, que esa mecedora siempre está atravesada. Esa mecedora siempre está atravesada. Abre la puerta de nuestra casa, que es anaranjada, y grita, casi desde la calle, que no se preocupen si llega tarde, que hoy es la reunión para lo de los refugios...

—¿Puedo utilizar la tina para jugar a la playa, mami?

—No.

—¿Por quéééééé? —más duro—.

—Porque mojas toda la caaaaasaaaa.

Lo último se oye de lejos, y abuela desde su siesta aclara que *de-eso-nada. ¡Ni lo sueñes! Mejor ponte a hacer*

las tareas o duérmete un rato, como hacen las niñas de tu edad, en mi tiempo las niñas siempre dormían la siesta...

No puedo oír más. Cierro los ojos y los oídos y me siento en una esquina de la sala. El perro me mira con cara de ‘yo-te-entiendo’ y se echa a mi lado.

A esta hora de la tarde, el perro y yo nos morimos de aburrimiento.

Oros viejos

—¿Por qué se llamará *Oros viejos*? —pregunta Susana.

Y yo:

—Debe ser que se equivocaron, ¿no ves que a la palabra ‘oros’ le falta la *g*? Tiene que ser “Ogros viejos”; mami dijo que son cuentos antiguos y, como tú sabes, los ogros existieron antes, mucho antes de que abuela naciera, ella ni se acuerda. El cielo de ese tiempo tenía remolinos de hojas y de polvo que cambiaban las cosas de lugar. Como no había camas para los ogros, dormían bastante incómodos, con almohadas de piedra o de ortiga. Por eso roncaban *grrrrrr... grrrrrrrr... grrrrrrrrrrrrrrrrrrrr... cada vez más fuerte*. De ahí salía el aire revuelto y bravo, de adentro de los ogros. Yo creo que vivían en cuevas y en montañas. Lejos o cerca del mar... y que comían personas, animales y cualquier otra cosa. A una hora de la noche, como a las 9:00, se cerraban las puertas de todo: casas, ciudades, baúles, escaparates, bolsos, alacenas. Todo. Nadie se asomaba a la ventana de la sala para ver el jardín. La gente vivía con mucho miedo.

Pocos ogros tenían dos ojos —sigo explicando—, esos eran más amables, no se comían a la gente en sí, sino la ropa y los zapatos y los sombreros y paraguas

que llevaran. Los peores eran los que tenían un solo ojo en medio de la frente, tenían muy mal carácter, arrancaban los árboles para comérselos de pura furia. En aquel tiempo, los parques y los campos estaban pelados. No se encontraba una sombra al mediodía, ni un caminante siquiera, porque no había donde descansar.

—Aquí vamos a enterarnos de un montón de cosas de los ogros... —comenta Susana, que es mi vecina y mejor amiga desde la Prehistoria.

—Mira, el autor se llama Herminio Almendros, ¿quién sabe si vivió en la época de los ogros! —comento yo, y su mamá interviene:

—Susana, no quiero que estés leyendo libros de ogros para que después tengas miedo.

—¡Pero si los ogros no existen, Claridad! —le explico.

—¿Qué sabes tú, si naciste ayer?

—¡Pero, mami!, ¡si es un libro de cuentos nada más! —suplica Susana.

—Sí, pero yo no quiero esos ‘ogros viejos’ en mi casa, ¡llévense el libro de aquí!

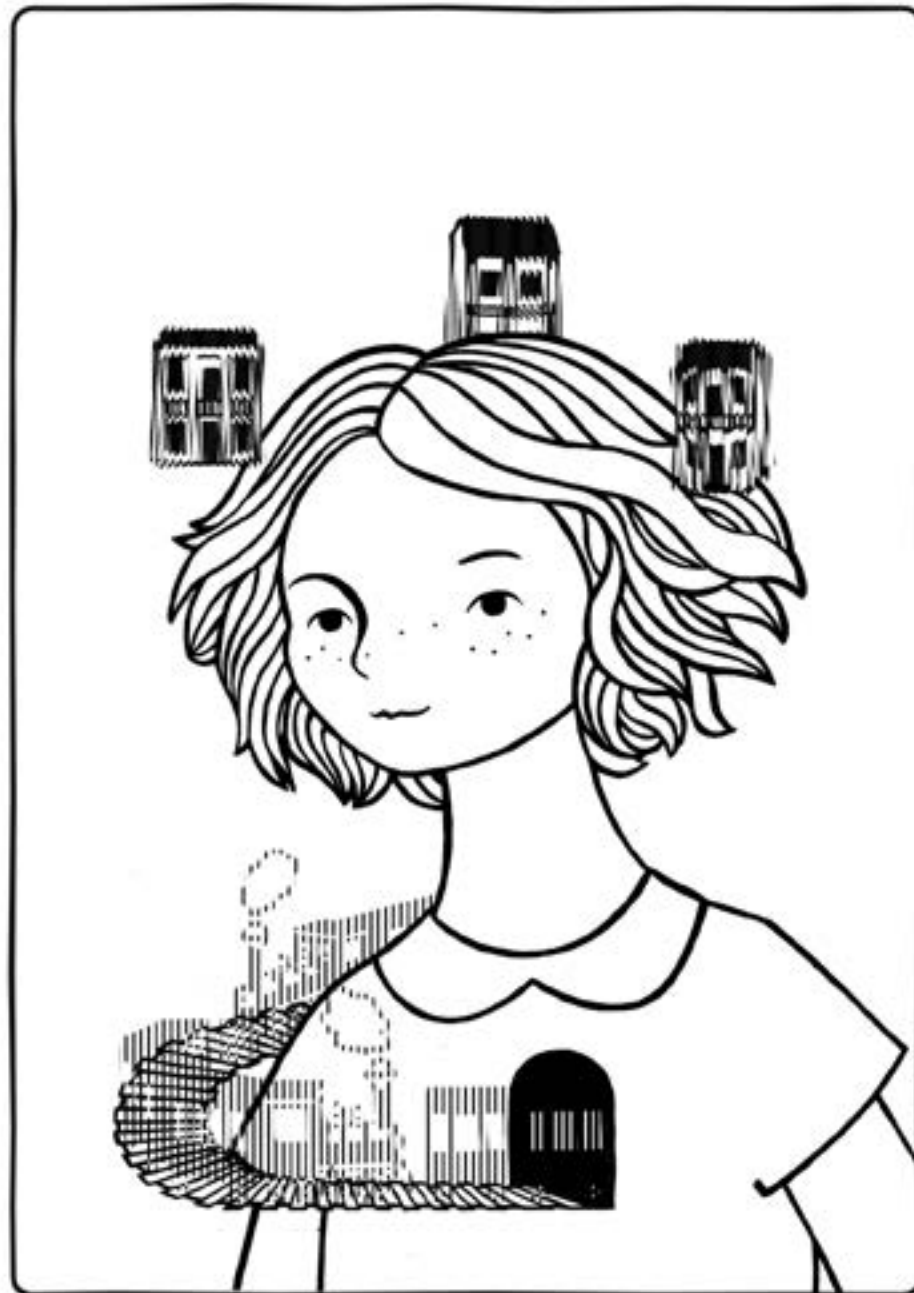
Susana suspira y mueve la cabeza con un gesto de ‘qué-se-puede-hacer’.

—Mi mamá les tiene miedo a los ogros —afirma.

Yo no puedo decir nada porque también les tengo miedo, y eso que no estoy mal de la cabeza como Claridad, que le tiene miedo a todo desde que a Medina, que es su esposo, lo mandaron a una guerra en África.

Le teme a los truenos, al sol del mediodía, a las películas, a las noticias que vienen en los periódicos, a los perros, a las llamadas telefónicas, a los cometas, al mar (¡con lo lejos que está!), a diciembre, al hambre, a la escasez, al tiempo, a los trenes, a los caballos, a los cañaverales, al viento (cuando viene del sur), a los eclipses, a las escaleras, al circo, a las libélulas, al lobo, en fin...

—Mira —le digo—, mejor le llevamos el libro a mi mamá para que nos explique por qué se equivocaron en el título, y de paso nos aclare esa historia de que el autor se llama ‘Herminio Almendros’; ese nombre suena a árbol y no sabemos si su familia alguna vez fue un bosque y los ogros de un solo ojo lo devoraron, porque seguro les encantaban las almendras como a nosotras.



La huerta de los chinos

—¿Y papi va a con construir el refugio solo? —pregunto—. Como tú dices que él es un inútil con las manos, que no sabes cómo pudo nacer en el campo...

Papi nació en un campo que queda cerca de aquí. Había un arroyo antes de llegar a su casa y una huerta que era de los chinos. Hay quienes dicen que en ese lugar un día llovieron lechugas. Que la gente no estuvo conforme y rogó que lloviera otra cosa, café, por ejemplo, o dinero, porque en esa tierra la lechuga se daba de maravilla, no era justo. Papi no se acuerda. Dice que esas son leyendas, que del cielo solo cae agua, agua de lluvia nada más.

Un día vino un periodista al pueblo. Llegó hasta la huerta de los chinos con una grabadora y un micrófono. Era uno de esos periodistas que no consiguen trabajo en la ciudad. Entrevistó a la mujer más vieja de la huerta y le tomó una foto. La mujer le contó a la grabadora cómo ocurrió todo, pero exageró, quizá por las ganas que tenía de hablar. Dijo que tanta hoja de lechuga le dio mucho sueño a la gente y que a eso se debe ahora la lentitud y la pereza de todos. Inclusive, los animales se hicieron lentos, y las aves...

—¡Figúrese, señor periodista, que en este lugar vive la especie de colibríes más lentos del mundo, se quedan

dormidos dentro de las campanas. Son tan mansos, que la gente los acaricia y les da de comer miel de abeja en la punta de una cuchara!

También contó que la gente de la huerta dejó de bañarse todos los días desde que llovió lechuga.

—No hay explicación pero fue así; tanto, que el arroyo se secó de puro despecho.

Y es verdad. Uno puede ver una zanja y un puente ahí, en la huerta, se ve desde la carretera, pero no hay agua que corra. El cauce está seco y cubierto de hierba en algunas partes.

La mujer tuvo que irse de la huerta de los chinos con su perro y sus dos gallinas, después de la entrevista. Los de la huerta no la soportaron (ofensa general): salieron a los trillos, soltaron las gallinas, lanzaron piedras, pequeñas piedras del cauce del arroyo... Papi dijo que tenían razón, y yo no sé... Ella contó la historia que sabía, además, ¡quién sabe qué cosas soñaba esa mujer! Lo cierto es que pudo salir de la huerta y que ahora nadie sabe dónde vive, pero la vieron subirse a un tren con el periódico debajo del brazo y la cara cubierta de polvo compacto. Iba feliz. A lo mejor de tanto andar llegó a una playa y se subió a un barco y todavía anda navegando por el mundo con su perro y sus dos gallinas, digo yo... Papi no recuerda nada de lo que cuenta la gente.

—¿Y tú dónde estabas? —pregunto—, porque este pueblo está lleno de historias.

Lo malo es que desde hace algunos años no ocurre nada nuevo. Papi dice que después de cincuenta años la gente tendrá cosas que contar de ahora, que así ocurre. Y yo digo que la guerra podría cambiarlo todo si viniera.

Según mi primo Javier, la guerra podría venir en la cola de un cometa, con cientos de guerreros plateados, conquistadores de planetas. Según mami, podría venir por mar y en ese caso no llegaría al pueblo y nos quedaríamos para contar historias, viendo los mediodías y bostezando, solos en el mundo, contando las lunas y los ciclones y esperando que el mar llegue hasta aquí (como tiene que ser, porque el mar tampoco soporta estar tan lejos, sin los pies de la gente y sin los corazones de los enamorados, que encierran sus nombres y se sientan a ver cómo las olas los barren cuando sube la marea. Los enamorados tienen todo el tiempo del mundo para eso).

Todo puede ocurrir, hasta la guerra (según mi abuela). La historia está llena de guerras. ¿Quién sabe?, la gente pudo inventarlas con esa manía que tiene de contar y contar...

—En ese caso —explica papi— las cosas ocurrieron tal y como cuenta la historia, porque fueron escritas y los libros no mienten.

Nadie le discute eso, porque para él los libros son sagrados, por eso mami lo adora, aunque cuando está

enojada (y él no está en casa, claro) grita, como si le saliera del alma, esta oración que mi hermana y yo nos sabemos de memoria: «¡Ay, mi madre, este hombre no sirve para nada, si arregla un ventilador le sobran piezas, si siembra arroz se lo roban, si limpia el patio corta las rosas, es un inútil, pobrecito!». Pero después de ese ‘pobrecito’ te vuelves tan buena, mami. Se te pasa la furia y te encierras en un silencio largo, un silencio de brazos abiertos y muy gordo, mirando las losas del piso desde esa mecedora que siempre está atravesada. Hasta que llega él... (Las flores se abren, las nubes cantan, los pajaritos vuelan...). Mentira. Papi llega como siempre, cansado y serio, porque es médico y ahora vive lleno de preocupaciones por lo de la guerra. Lo cierto es que mami no se parece a la de hace un rato. Lo llena de besos estruendosos y lo escucha como si estuviera diciendo lo más importante del mundo. A esas alturas en casa nadie se acuerda del ‘pobrecito’.

Papi es callado y serio, y según mi abuela ‘ético’, un hombre ético. Yo no sé qué cosa es ‘ético’, pero probablemente lo dice por lo delgado que es.

Lo malo de papi es querer ponerle horarios a todo: al baño de nosotras, al desayuno, al almuerzo, a la televisión, al sueño... Y lo malo de abuela es hacer que cada una cumpla los horarios.

—¡Entonces, ahora sí es seguro que viene la guerra! —comento. Mejor será que venga de una vez, porque

si el pobre papi construye el refugio, sería una lástima que se llenara de agua de lluvia o que se convirtiera en la casa del perro —opino en silencio, porque no hay nada más que deban explicarme, sé lo que es un refugio: un refugio es un lugar secreto en el que no se reciben visitas y uno tiene que alumbrarse con velas todo el tiempo que dure la guerra. En él tendríamos que estar:

abuela Tinita

mami

mi hermana

yo

el perro

y...

¿Y papi?

—¡Ah, no! ¿Papi en la guerra? ¡Ni pensarlo, lo matarían enseguida! Él no sirve para la guerra, recuerda que con las manos es un inútil. ¿Cómo que inevitable? Si nadie construye el refugio la guerra no puede venir. ¿No te das cuenta? En lugar de estar pensando en construir refugios, deberían hacer una buena playa donde está el cañaveral ese, que es como un mar de caña inmenso, con olas y todo, pero que no sirve para mojarse los pies ni para nadar.

Los Medina

Medina, el papá de Susana, sembró un cafetal en el patio de la casa. *La nostalgia de las lomas*, dijo abuela cuando vio las matas, que ya tenían un montón de frutas rojas y amarillas. Entonces Susana cortó la cerca con un alicate, hizo una puerta para que yo pasara todas las tardes y la ayudara a cosechar el café.

Ese patio es un bosque: diecinueve gallinas, siete gansos, cientos de matas de plátano y de naranja y el cafetal de Medina.

Claridad, la mamá de Susana, está un poco mal de la cabeza y no quiere cortarse el pelo. Lo tiene largo, larguísimo. Pasa casi todo el día contemplando el jardín por la ventana de la sala y esperando a Medina, su esposo, que es teniente coronel y maneja un jeep. Ella lo adora porque estuvo en una guerra de África y regresó una tarde después de dos años...

Lucía como un naufrago, con el rostro cubierto de pelo y la mirada triste y achicada. Todo el barrio salió a recibirlo. Medina caminó hacia Claridad sin mirar a los lados ni hacia abajo, donde estaban sus hijos. La abrazó durante una hora y cuarenta y cinco minutos. La gente se cansó de esperar y se metió en sus casas, pero desde allí, desde sus miradores, le tomaron el

tiempo al abrazo y murmuraron: “Se ve que viene de la guerra”. Después abrazó a los niños y a Susana, a ella la alzó hasta el cielo y la volvió a poner en el piso. Susana estaba arisca, tenía cuatro años y medio, enseñada corrió a esconderse. Medina no sabía qué hacer, miraba a Claridad y la volvía a abrazar, y ella que se reía y lloraba y se reía... Los varones se quedaron junto a ellos. Después entraron todos en la casa y la gente dejó de mirar, pues se hizo de noche.

Medina ama a Claridad: le dio un abrazo largo a su llegada y le trajo un sombrero rosado que se convertía en bolso. Ella se lo enseñó a todo el barrio, casa por casa. Después Susana lo cogió para jugar, pero estorbaba debajo de las palmas de areca, y no era fácil manejarse con el viento y el sombrero en la calle aunque se lo amarrara en la barbilla.

Han pasado los años, pero nadie se olvida de aquello, excepto Claridad. A ratos murmura:

—Me falla la memoria...

A Susana le gustan las tizas de colores y bañarse en los aguaceros. Las dos estamos inconformes con el pueblo sin playa, sin piscina, y sin río en el que nos ha tocado nacer. Claridad comenta:

—¡Si este pueblo es de lo más lindo! —un poco ida.

Susana le recuerda que ella casi no sale a la calle, ¿cómo puede conocer el pueblo?

Claridad habla de subir y bajar como si aún viviera en la sierra. De vez en cuando dice: “Subí a la tienda para comprar unos hilos y unos cortes de tela”, o “Bajé a la farmacia porque se me acabaron las pastillas”. Para ella, está claro que el pueblo tiene montañas y que vive en el centro, y no es así. Nuestras casas están en el borde (un borde que es en buena medida todo el pueblo). Hacia atrás queda el cañaveral (donde debería estar el mar); y hacia delante las casas, las calles y los edificios. En un costado del pueblo está el barranco (un hueco enorme en el costado del pueblo, los truenos caen en él como si quisieran llenarlo). En el centro hay un parque, pero eso a Claridad le parece lejos, demasiado lejos y peligroso.

—¡Qué va! —dice mami— ¡Aquí no hay ningún peligro, si no hay ni autos!

Los hay, pero mami es así. Ella quiere ver avenidas repletas de autos de ida y vuelta, y aquí las calles son estrechas, la gente va caminando a todas partes, entran y salen de los lugares, no miran los relojes, no se apuran.

Medina y Claridad vinieron al pueblo “por razones de trabajo” (según papi). Ambos nacieron allá, en las montañas... Tuvieron tres hijos: el Oso (así le dicen al mayor que ya tiene más de 20 años) y Beto, que es más chiquito pero bastante más grande que Susana, porque cumplió 13 y anda loco por aprender inglés. Susana es la

otra hija y nació en octubre (apenas cuatro meses mayor que yo). Tiene 10 años y es delgada como Claridad.

Susana y yo jugamos juntas siempre. Hemos anotado en la puerta del baño de los Medina, uno por uno, los días que faltan hasta las vacaciones. Nadie se ha dado cuenta de que abrimos una puerta en la cerca para cruzar de un patio a otro. Claridad tampoco nota que cogemos todos sus pintalabios y sus sombras para jugar, y que se nos perdió el sombrero rosado que Medina le trajo de Argelia.





¿Te gustaron estos
primeros capítulos?



COMPRAR